

RALF M. RUTHARDT

***EL
NAUFRAGIO
DEL GREEN***

Traducción de Erick Behar
Prólogo de Philipp Bagus y Erick Behar



Angustia Consumada

«¡NO SEAS TAN quejica!»

Dennis Jung está de pie junto a la barandilla, con la cara encendida, intentando ponerse un chaleco salvavidas naranja. Mientras tanto, el barco turístico GREEN se tambalea de forma amenazante. Desde hace más o menos una hora, todo se ha complicado. Mucho. Su joven vida había transcurrido durante los últimos tres o cuatro años entre muchas circunstancias afortunadas. Ahora, Dennis Jung tiene la sensación de que su existencia se dirige hacia un final definitivo. Un final de mierda y demasiado prematuro para un chico de veintiocho años que todavía tiene tantos planes. Quiere cambiar el mundo, o al menos su mundo.

«¡Ponte de una vez el chaleco salvavidas! ¿O es que estás demasiado gorda para esta cosa?» Una vez más, Dennis le ladra a Carina Kurz, que está a su lado, pálida como un muerto. Sus miradas se cruzan, tan sólo un instante. Pero ese momento basta para tener la certeza de un desprecio mutuo. No siempre fue así. Ahora sí.

Dennis se planta contra el viento con sus escasos metro setenta e intenta mantener el equilibrio. Otra vez para arriba, más arriba, aún más, y luego de nuevo cuesta abajo, por la cresta de la ola. La proa del barco se estrella contra la siguiente ola y el agua salada salta por los aires. La espuma barre la parte delantera del barco y llega mucho más allá. El capitán había hablado de fuerza 9. Hace aproximadamente una hora. Vale, pues fuerza 9, pensó Dennis entonces. Pero no podía imagi-

narse exactamente qué significaba eso. Al principio estaban sentados bajo cubierta, muy cómodos, luego ya no tanto, discutiendo. Ahora, en cubierta, una vaga idea se ha convertido en una experiencia real: el aullido implacable y la fuerza del viento. La espuma y la lluvia intensa le golpean la cara con un frío glacial. Le sabe a sal mientras el barco se abre paso torpemente entre las olas gigantes. Su corte de pelo corto no puede absorber la humedad. Un chorro de agua tras otro le cae por la cabeza y la frente, en su mayor parte directo a los ojos. Le escuecen, y cuando intenta aliviarse con las manos mojadas, la sal que tiene en los dedos no ayuda precisamente. Ola tras ola, el mar embravecido le lanza agua fría y salada a la cara.

Ni rastro del anunciado comienzo del verano. Con los dedos casi insensibles por el frío, Dennis trastea con el cierre del chaleco salvavidas rígido. No queda en él ni un resto de la seguridad de un joven con aplomo. Sólo el color naranja brillante del chaleco le da algo de ánimo. Si este barco se hundiera —Dios no lo quiera—... No, ese pensamiento tiene que formularlo de otra manera, porque Dios no significa nada para él. Aunque, ¿no sería mejor ahora que un dios se apiadara de su existencia miserable en este momento? Dennis aparta la idea y confía en que el chaleco lo mantenga a flote y que el color llamativo permita que los equipos de rescate lo encuentren rápidamente. De repente, un reflejo desde lo más hondo de sí mismo lo corrige, como surgido de la nada: el personal de salvamento marítimo. Correcto. Ahora vuelve a sentirse capaz de actuar, aunque no entiende por qué, precisamente en esta situación límite, algo dentro de él le impone un pensamiento tan innecesario. Dennis deja que el viento se lleve la idea e intenta ver sus propios dedos bajo la lluvia intensa.

«Pasar la correa entre las piernas hacia delante y encajar el cierre clic», recuerda Dennis. Esa había sido la indicación del capitán Ulf Ulfsen. Se la había gritado a él y a los demás antes de que el grupo se dignara a abandonar el interior para subir a cubierta. ¿Había sido el capitán? ¿O lo había explicado el úni-

co marinero a bordo? Dennis aparta ese intento poco útil de aclaración mientras apenas puede ver sus propios dedos bajo la intensa lluvia. Tiene que hacerlo guiándose por lo poco que aún siente en los dedos, se da cuenta Dennis, e intenta encajar el cierre. No oye el «clic», pero con los dedos casi entumecidos por el frío nota la resistencia y un pequeño tirón. Tira en sentido contrario y siente que la correa está sujeta. Ha funcionado. Dennis levanta la vista, aliviado.

«¡Tuuu!»

«¡Tuuu!»

«¡Tuuu!»

«¡Tuu!»

Tres toques largos. Uno corto. Desde hace al menos veinte minutos, forma parte del ambiente desagradable y generador de pánico al que Dennis tiene que resignarse. La bocina de señal está pidiendo ayuda, se dice a sí mismo, aunque no tiene claro qué significa exactamente ese código de señales.

A su lado sigue estando Carina Kurz. Con su escasos metro sesenta de altura y algo parecido en anchura, Carina le parece a Dennis una especie de sapo. El pelo largo y rubio le cuelga empapado de la cabeza y sobre los hombros. Cuando Carina gira la cabeza hacia el lado del viento, ésta se desliza bajo la melena de la mujer de treinta y cuatro años y reordena el cabello chorreante de agua - a veces colocándolo de través sobre la cara y los ojos, de modo que sólo girando de nuevo la cabeza consigue recuperar algo parecido a la visión.

Ha metido el brazo derecho por la abertura correspondiente del chaleco salvavidas y se agarra a la barandilla, que brilla por la humedad. Tiende el brazo izquierdo hacia Dennis. No, ese brazo no va a pasar por la segunda abertura del chaleco salvavidas, se da cuenta Dennis. Para eso, la complexión de Carina es, simple y llanamente, demasiado ancha. No, no sólo demasiado ancha. Hay muchas cosas en ella que no se ajustan a la norma. Con ese pensamiento, Dennis empieza a hacer una lista: ¿El brazo superior de Carina? Enorme. ¿Su autoes-

tima? Enorme. ¿Su tendencia a silenciar a los demás cuando piensan distinto? Enorme. ¿Su compromiso con las buenas causas? ¿Su inteligencia y conocimientos? Enormes. ¿Su verdadero yo? Ese es frágil y está muy lejos de la imagen que se ha ido construyendo. Este último punto, y otras cualidades que Dennis admira en silencio de Carina, no aparecen en su lista mental, porque en ese momento sus pensamientos se ven bruscamente interrumpidos.

«¡Estoy hablando contigo!» le grita Carina. Su rostro, aún juvenil, está desfigurado por el pánico. ¡Está al borde del colapso! Eso conmueve a Dennis. Intenta meter a Carina en el chaleco salvavidas fluorescente. Ambos se tambalean mientras él trata de encajar a una Carina aterrada por su vida en el que podría ser un salvavidas. No lo consiguen. Es imposible. No se pueden anular las leyes de la física. Y una de ellas es que un chaleco salvavidas tiene que ajustarse al cuerpo y no al revés.

«¡Coge uno de los aros salvavidas!», le grita Dennis al oído. Carina sigue aferrada con la mano derecha al metal pintado de gris claro de la barandilla. La otra mano sigue metida en el chaleco salvavidas. Así que no tiene ninguna mano libre para coger un aro salvavidas. No es capaz de pensar con claridad ni de realizar ninguna acción útil.

«¡Agárrate con *ambas* manos!», le grita Dennis por encima del rugido de la tormenta mientras le quita a Carina el chaleco naranja del hombro izquierdo para que pueda liberar también ese brazo. «¡Vuelvo enseguida! ¡Voy a buscarte un aro salvavidas!» El viento ruge con fuerza y Dennis no tiene ni idea de si Carina le ha entendido. Por eso dibuja un círculo en el aire con las manos, mientras el chaleco le golpea con fuerza la cara a Carina.

Se da la vuelta y se dirige hacia la proa. Lanza al viento el chaleco salvavidas, que ya no necesita, y este se lo lleva volando. Habían traído los chalecos desde la cubierta inferior. Varios aros salvavidas —el capitán lo había señalado al comienzo del viaje— cuelgan en la popa y en la proa. Dennis se apresura

ahora, siempre sujetándose con fuerza a la barandilla con una mano, en dirección a la proa. Son apenas ocho, nueve, diez pasos. Pero esos pasos exigen voluntad y fuerza, luchando contra la tormenta, la lluvia y la espuma del mar. No es tan fácil como uno podría pensar. Hay que mantenerse seguro y no perder el equilibrio con el vaivén de las olas. A través del telón de lluvia, distingue un aro salvavidas descolorido y desgastado por el tiempo.

Sólo unos pasos más. Ahora está delante del aro, luchando por mantener el equilibrio. A todas estas dificultades se suma ahora el hecho de que tiene que sacar de su soporte el viejo aro salvavidas, que en su día fue naranja, mientras intenta por todos los medios no vomitar los restos del almuerzo a pesar de las náuseas que le van subiendo. Por primera vez se pregunta cómo se saca un aro salvavidas del soporte. Tras tres intentos fallidos, Dennis lo entiende: hay que agarrar el aro por dentro desde abajo con una mano, levantarlo hacia arriba y sacarlo del soporte. Cuando lo sabes, es muy fácil, gruñe para sí, y se da cuenta de que una pegatina —ya ilegible por el agua que chorrea por encima— daba esas instrucciones. Se cuelga el aro por el hombro derecho y, con la mano izquierda, vuelve a apartarse el agua del pelo y de la cara. Incluso la barba de tres días parece una esponja empapada.

Con una mano en la barandilla, emprende el camino de vuelta. De vuelta hacia Carina. Otra vez son sólo ocho, nueve o diez pasos. Pero esta vez debe tener cuidado de que el viento no lo arrastre por delante.

Al llegar a la mitad del barco, Carina ya no está. Al menos no está donde Dennis la había dejado hace tres minutos. Sólo le brillan los reflectantes del chaleco salvavidas tirado en el suelo. El chaleco naranja se ha quedado atrapado en la popa, entre un banco y la barandilla. Parece como si fuera el propio chaleco el que estuviera esperando ser rescatado. Qué parodia, piensa Dennis. Todas las circunstancias parecen una parodia sobre su todavía joven y prometedora carrera.

Dennis mira a su alrededor una vez más. No, en la cubierta no puede verla. Ni en el lado de estribor donde él está, ni en el agua, que mira de forma concentrada. Y en ello no se da cuenta, en esta situación excepcional, de que el barco ya habría tenido que avanzar y Carina estaría fuera de su vista, si se hubiese caído por la borda. Bueno, se dice Dennis a sí mismo, entonces ese manojo de nervios habrá seguido rumbo a estribor. Está indeciso, de pie contra el viento, mientras la espuma y la lluvia le azotan la cara. Dennis se pregunta si debería importarle. No le importa. Claro, lo primero es pensar en uno mismo cuando está en juego la supervivencia.

Un comienzo

ES UNA MAÑANA de miércoles soleada en Berlín. Dennis Jung sale del piso de 100 metros cuadrados que comparte con dos compañeros. En los últimos meses, los chicos han decorado su casa con un gusto excepcional. Las habitaciones de casi tres metros de altura son luminosas. Han prescindido de cortinas. Su piso, en un edificio antiguo renovado, no está amueblado con un revoltijo de piezas sin conexión, sino con una selección cuidadosamente elegida. En la zona de estar hay un moderno sofá de cuero negro. Enfrente, un armario de roble restaurado, detrás del cual una luz LED tiñe por la noche la pared de un tono azul. Al lado, una pared blanca sin molduras. Sobre esa superficie se proyectan, gracias a un proyector 4K, las imágenes de sus series favoritas, que ven juntos con regularidad. Al encender el proyector, la iluminación tras el armario de roble se apaga automáticamente. Todo está pensado, como tantas otras cosas en ese piso.

Bastan unos pocos pasos hacia la izquierda para llegar a la mesa del comedor. Un trapecio de acero pulido sostiene una gran plancha de cristal. En esa mesa caben fácilmente diez personas. A cada lado largo hay cuatro sillas, cuyo cuero negro establece una relación de color con el sofá. Con las sillas plegables que guardan en el sótano se pueden añadir más asientos. El concepto del espacio está definido por el negro, los tonos cálidos de la madera natural y el verde fresco de las altas palmas de betel. El hecho de que los jóvenes hayan colocado nada menos que cuatro de estas plantas, cada una de más de un me-

tro cuarenta de altura, en la zona de salón-comedor, aporta un ambiente acogedor al piso. Verde natural como contraste. Se genera una armonía, una imagen global equilibrada.

Todos están orgullosos de su piso; ahora que por fin tienen unos ingresos mensuales dignos de mención. No siempre fue así. Los tres han estado acostumbrados a otras circunstancias, más bien modestas, desde que se fueron de casa para estudiar, y ahora, por fin, han escapado de ellas. Disfrutan de sus nuevas posibilidades económicas y piensan bien a la hora de gastar el dinero.

Mientras Dennis Jung baja con aire despreocupado por la escalera de madera recién abrillantada hacia la planta baja, saca su smartphone del bolsillo trasero. Abre una app con la que puede desbloquear su bicicleta. Con un audible «Laliluuuuu», la app indica que el proceso de desbloqueo se ha realizado con éxito, al tiempo que se oye un «¡Claaack!» desde el patio interior. La app y su *e-bike* tipo SUV, de color gris mate, están de acuerdo: lista para rodar.

Dennis se sube a su *e-bike*. Lleva a la espalda una mochila gris a juego con la bici, de una marca carísima. El smartphone lo tiene fijado delante, en el soporte colocado en el manillar plano de aleación de aluminio. El pasaje del patio interior da a una calle poco transitada del barrio de Bergmannkiez. Allí reina un ambiente relajado, casi tranquilo. La zona residencial, de la segunda mitad del siglo XIX, está marcada por la arquitectura de la época del *Gründerzeit*¹. Muchos de los edificios antiguos, renovados con alta calidad e incluso con cierto lujo, sobrevivieron a la Segunda Guerra Mundial sin quedar completamente destruidos. Las fachadas, que se han mantenido fieles a su estilo original, siguen desprendiendo ese encanto del viejo Berlín.

1 NT: *Gründerzeit* se traduce directamente como “época de los fundadores”, asociada a periodos que van desde la segunda mitad del siglo XIX hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial. Se trata de un estilo que puede abarcar desde edificios de lujo ornamentados en detalle hasta edificios de baja calidad y detalle.

Dennis Jung no tiene carné de conducir. Tampoco lo necesita, viviendo en pleno Kreuzberg. Este barrio es justo lo suyo. La vida late con fuerza. Pero Kreuzberg no sólo puede ser salvaje, también puede ser idílico, y elegir un piso en una zona cuidada de edificios antiguos fue una decisión acertada: por un lado, el Bergmannkiez, y a pocos pasos, la vida variada, multicultural y ruidosa. Esos son los contrastes que definen Kreuzberg. Dennis está satisfecho. Ha llegado a donde quería. Hace lo suyo. Es una vida que le mima, y en la que, poco a poco, se va acostumbrando a las nuevas posibilidades y a la importancia que ha adquirido en su trabajo, lo que le lleva paso a paso hacia la autocomplacencia. Lo nota él mismo, y al pensarlo, no puede evitar sonreír, aunque justo en ese momento esté pasando por el Kotti², junto a los yonquis de heroína, que enseguida le sueltan una impertinencia.

— ¿Qué miras, eh?

Ahí está de nuevo: la diversidad. Dennis podría sentirse humilde ante el sufrimiento que le grita desde la acera. Pero no está interesado en la humildad en este momento. Durante demasiado tiempo, su vida de estudiante no estuvo libre de humillaciones.

En realidad, la educación por la vía no tradicional no estuvo mal. Pero la carrera de Ciencias Políticas que emprendió después resultó ser una elección equivocada. No porque le supusiera un reto intelectual demasiado grande. Pero la vida universitaria, para un joven, ofrece todo tipo de tentaciones. Y aunque en su caso no fue la heroína, sí que se coló en su día a día alguna que otra droga ilegal, incluyendo una que se legalizó recientemente. Pronto, Dennis cayó en la sensación de no querer perderse nada, al menos ninguna fiesta. Las clases, en cambio, sí que estaba dispuesto a perderselas.

Dennis tiene que frenar abruptamente cuando una mujer empuja de repente su cochecito de bebé sobre el carril bici.

2 NT: la Puerta de Cottbus, una intersección famosa en el barrio de Kreuzberg.